

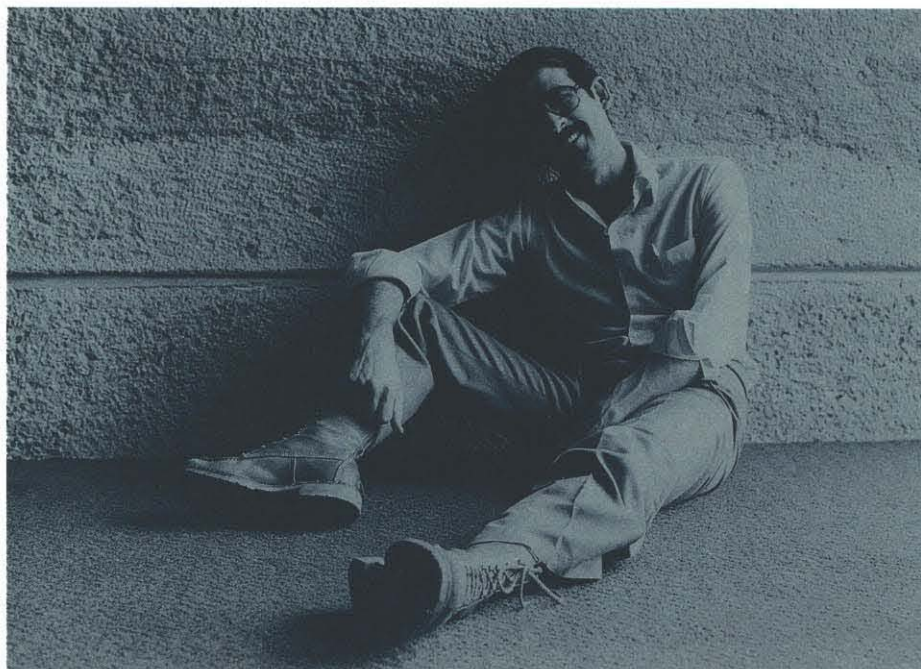
Fernández y yo. A los tres nos llevó a su puesta en escena de *Enterrar a los muertos*, de Irwin Shaw: a Carlos y a Manuel, como actores; y a mí, como su ayudante de director. Y con nosotros, a la entonces actriz Nancy Cárdenas quien, como me consta, también lo recordaba con cariño y gratitud. *Enterrar a los muertos* era una producción de Teatro Universitario, la actividad que promovía y estructuraba nuestro gran aliado Carlos Solórzano. Alan se encargó de dirigir. Esto fue en 1955, hacia mediados, y uno de esos días me dijo: “no voy a poder cumplir mi promesa de dirigir *Tartufo* para el próximo Festival de Teatro Estudiantil”. Y yo le pregunté: “¿quién va a ser el director entonces?” Y me contestó, entre el humo de un cigarro: “Tú”. Y a mí no se me ocurrió contradecirlo.

La primera vez que leí *Espectros* fue para su clase. La primera vez que supe de Piscator y de Bertold Brecht y de Clifford Odets y de los alcances de O'Neill fue de su boca. Pero en Alan era más urgente saber lo que pensábamos y sentíamos, que exaltar lo que él y los autores programados proponían. El profesor que no se escandalizó por mis reproches a *Romeo y Julieta* y al *Mercader de Venecia*; el que percibió mis cobardías disfrazadas de prudencia; el que simplemente, como los buenos profesores, con su confianza me hizo sentir que yo podía dirigir en el teatro, que yo podía trabajar con mis deseos, y no sólo con los deseos de mis superiores, ése es el que recuerdo con mucho más que agradecimiento. Hace cuarenta años entré a esta Facultad que, entre tantos bienes, me dio el de estudiar con Alan Lewis. ¿Cómo no vamos a extrañarlos, a él y a Fernando Wagner, a Enrique Ruelas, a Usigli, a Margarita Mendoza López, a María Luisa Algarra, que un día dejaron de venir a darnos clase? Imposible “deportar” de nuestra memoria y de nuestro afecto al maestro Alan Lewis, a quien los mexicanos castigamos tan indebidamente.

## Óscar Liera, un dramaturgo nacional

*Soledad Ruiz*

Conocí a Óscar Liera (1946-1990) en el comienzo de los setentas en la Escuela de Arte Teatral del INBA, en donde yo impartía la materia de Actuación. Creo recordar que se incorporó a nosotros atraído por el prestigio que ya había adquirido el grupo con base en la disciplina y el rigor artístico. Era ésta una generación de primera que aspiraba a plasmar en el teatro lo mejor de sí mismos, que no concebía el arte del ac-



Oscar Liera.

tor como un conjunto de simulaciones anquilosadas sino como un acto creador. Óscar cayó en este grupo como pez en el agua, y se sentía muy motivado a profundizar en sus propios propósitos artísticos.

En el último año de la carrera seleccionamos la tragedia isabelina como tema de estudio y, en especial, tres obras de William Shakespeare: *Macbeth*, *Hamlet* y *Romeo y Julieta*. Dedicamos mucho tiempo al tema del texto y su contexto, y de la Inglaterra renacentista desembocábamos invariablemente en la problemática de México, en todos los órdenes. Entre otras cosas, coincidíamos en la necesidad de actualizar nuestro teatro tanto en sus contenidos como en sus formas artísticas, incorporando a los mexicanos de hoy al núcleo de la acción dramática de las obras, y promoviendo una amplia y profunda participación como realizadores y espectadores. La labor de quienes nos habían antecedido nos parecía insuficiente y hasta elitista.

Shakespeare atrapó a Óscar Liera de una manera definitiva. Y hay que decirlo porque lo influyó de una forma notable en su producción dramaturgica. Enfrentar la vastedad y complejidad de la obra shakespeariana lo lleva a comprender cuánto tiene que estudiar antes de lanzarse a realizar por sí mismo su ideal de teatro popular mexicano.

Más tarde decide estudiar Letras Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, y obtiene la maestría con una brillante tesis sobre la vida y obra de fray Servando Teresa de Mier que, años después, le serviría como punto de partida para su obra titulada *Las fábulas perversas*.

Con una entrega ferviente, radical e incansable, Óscar Liera se va convirtiendo poco a poco en el hombre de teatro que quiere y necesita ser,

pues las condiciones en las que pretende trabajar le exigen absolutamente todo: saber escribir, dirigir, actuar, producir, divulgar, promover, difundir, etcétera. Además de Shakespeare y de los clásicos del Siglo de Oro español como modelos, las aportaciones de Bertold Brecht lo impulsan en su afán de crear una nueva dramaturgia y un modelo de producción, con el apoyo de las instituciones universitarias. Trabajar directamente con el estado le producía escozor y zozobra.

En 1982, Liera decide volver a su natal Culiacán (ciudad con la que mantuvo siempre lazos permanentes y raíces muy hondas), y fundar allí el grupo con el que iniciara uno de los proyectos de teatro más ambiciosos de la década en nuestro país. Junto con el TATUAS (Taller de Teatro de la Universidad Autónoma de Sinaloa) surgieron sus mejores obras: *Las juramentaciones*, *El jinete de la divina providencia*, *Las fábulas perversas*, *El camino rojo a Sabaiba*, *Bajo el silencio*, *Un misterioso pacto*, *Los negros pájaros del adiós*, además de muchos espectáculos que montó como director, no sólo por la necesidad de difundir el teatro y de formar actores para su proyecto, sino también como ejercicio para explorar la especificidad del espacio-tiempo del drama sobre el escenario. Surgieron también las muestras teatrales del noroeste, impulsando y renovando la actividad cultural en los estados de Baja California, Sonora, Nayarit y la propia Sinaloa. En el Colegio de Literatura Dramática y Teatro de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM impartió las cátedras de Teatro español de los Siglos de Oro y Teoría y composición dramática, compartiendo con los alumnos sus profundos conocimientos y su pasión desbordada por el teatro.

Glosar en este espacio la vida y obra de Óscar Liera sería más que imposible ya que es muy vasta, vigorosa, plena de poesía y significaciones. En su corta vida como dramaturgo escribió treinta y cuatro obras, de las cuales reconoció solo dieciséis después de una revisión crítica que hiciera él mismo, antes de partir al lugar del misterio.

Quede aquí mi admiración, cariño y respeto profundo por el alumno excelente y talentoso, por el amigo y compañero de toda suerte de invenciones en favor de un teatro nacional. Que su esfuerzo creador fructifique ahora y siempre.